



# EL ECO DE CARTAGENA

ANO XXI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 1184

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extras-  
je.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.<sup>o</sup>  
y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

## REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 23 DE AGOSTO DE 1891

## CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de  
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Caumar-  
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 51.

## GRAN FABRICA DE LUNAS

y depósito de cristales,

molinos, bombas y estampas

## JUAN SOLER E HIJO

Plaza de los Tres Reyes, 2.—CARTAGENA.

Lunas en blanco de espeso biseladas y grabadas al ácido.—Vidrieras ar-  
tísticas para iglesias y salones.—Baldosas cristal para pisos.—Baldosillas  
para claraboyas.—Lunas de segunda plateadas.—Vidrios sencillos dobles,  
de color, muselinas, esmerilados, moldados, &c. &c.

PRECIOS REDUCIDOS

PIDANSE TARIFAS

Se plattah furas det...

## Del expreso, qué?

Hasta ahora no ha dado señales  
de vida el expreso de estar por  
un tren rápido entre Madrid y Car-  
tagena. Se anunció como cosa in-  
mediata y produjo la natural ale-  
gría; pero el tiempo pasa, el tren  
no viene y la alegría se va.

Por muchas vueltas que demos  
al asunto, no nos explicamos la ra-  
zón de que se eternicen los pro-  
yectos de un tren rápido. El  
expreso, como se ha dicho ya,  
no es una obra.  
Creemos nosotros al tener noti-  
cia de la decisión del Consejo de la  
Compañía, tan beneficioso para el  
desarrollo de las relaciones de Es-  
paña con la Argelia, que entre la  
decisión y la acción mediarían solo  
algunos días, un par de semanas ó  
no más; pero este último  
plazo que nos parece más que su-  
ficiente para establecer el nuevo

servicio, ha pasado con cruces sin  
que á la fecha pueda adivinarse  
cuando correrá el tren.

Es verdad que tenemos la mala  
costumbre de olvidarnos que esta-  
mos en España donde nada de lo  
que se hace lleva el sello de la ac-  
tividad. Aquí no se hacen las cosas  
de golpe y porrazo, como dice el vul-  
go, sino meditando las detenida-  
mente, discutiéndolas con más de-  
tenimiento, y ejecutándolas des-  
pués de muy pensadas, á paso de  
tortuga.

Pensando en esta tardanza in-  
comprensible en lanzar el tren rá-  
pido á la vía, hemos llegado á pen-  
sar si se habrá arrepentido el Co-  
sejo; mas como el negocio augura  
ganancias y no pérdidas, nuestra  
confusión sube de punto al ver  
que se malgasta el tiempo con es-  
pedientes dilatorios que significan  
pérdidas de dinero, que debiera  
ganarse y no se gana.

¿Qué pasa con ese tren expre-  
so? ¿Cuál es la causa de que una  
mejora de tanta utilidad para el  
público y la Compañía explotado-

ra sufra tan extraordinario retraso? Hace un mes que estamos es-  
cuchando esas preguntas sin poder  
contestarlas. Y la verdad es que no  
las contestaría satisfactoriamente  
la Compañía ferroviaria si á ella  
directamente fueran dirigidas.

Lo que pasa con ese retardo in-  
comprensible es que el público va  
desconfiando y se hace incrédulo.  
Y no es extraño que se haga pe-  
simista, porque tiene para ello su-  
brados motivos. Dígame sino la es-  
tación de Cartagena siempre pro-  
visional, y el apeadero de los Mo-  
linos acordado hace un par de años  
y recibido por los habitantes del  
vecino barrio con música y co-  
hetas. La una por ser obra gran-  
de, aún no se ha comenzado; la  
otra por obra chica, aún está en el  
papel.

Pero al fin esas son obras que  
requerirán tiempo. Forzando la ar-  
gumentación hasta el extremo lí-  
mite se puede mantener en la opi-  
nión la confianza de que al cabo se  
terminarán. Pero la Argelia no  
requiere andamios ni ladrillos ni acopios de  
materiales, sino poner un vagón  
detrás de otro, un furgón á la cola  
con un guardafreno, á la cabeza  
una locomotora con un maquinis-  
ta y a correr se ha dicho.

¿Qué no es eso? ¿Qué es obra de  
mas tiempo?  
Podrá ser; pero al público no le  
entran las dificultades que pueda  
tener ese asunto y á nosotros nos  
parece que eso del tren rápido es  
una de esas cosas que caen en el  
pozo del olvido.

Si estamos equivocados celebra-  
mos que se nos saque del error,  
á los efectos de hacer renacer la  
confianza en el público.

## TIJERETAZOS

El Sr. Romero Romero opina que las de-  
claraciones del Sr. Sivola son de una  
gravedad inmensa y pueden originar un con-

sulto funesto para la patria, más grave  
que los ocurridos hasta ahora.

Hombre, quitele usted el pelo.  
Lo que habrá hecho el Sr. Sivola con eso  
es como las puestas del poder.  
Y tal vez lo haya hecho porque lo tenga  
cuenta.

Con eso de la recandación de los tributos  
ocurren cosas raras.  
Durante la primera quincena de Agosto se  
han recaudado veintidós millones y medio más  
que en el mismo período del año pasado.  
Eso ocurre todas las quincenas, siempre  
hay aumento.

Y siempre estamos sin un cuarto.  
¿Dónde van á parar tantos millones?  
¿O es que el aumento es grilla?

## Dice La Publicidad:

«El Sr. Añut ha dispuesto que se proce-  
da á traducir al castellano, para fijarse en  
los sitios públicos, las prescripciones que se  
han publicado en Ginebra acerca del trata-  
miento á que deben someterse los que han  
sido víctimas de una descarga eléctrica.»

¿Sólo en castellano?  
¿Qué va á ser de los catalanes? que no  
quieran haberse leído las leyes de Carva-  
nter?

## Dice El Ejército Español:

«Como siempre, el ministro de la Guerra  
es el único que en asuntos de vitalidad para  
el país...  
Hombre, por Dios!  
¿Qué motivos tiene usted para dejar á  
un lado al ministro de Instrucción Pública,  
el más activo y el de trabajo con más pro-  
vecho?»

Lo que pasa es que cada cual le afirma el  
secreto á su propia sardina y le importa un  
bledo que se quede cruda la sardina ajena.  
El general Weyler trabajará mucho, —  
nadie lo niega.  
Pero de eso á que sea el único...  
¿Cuándo le pagará el general Weyler á  
los ministros de Instrucción primaria como  
les va á pagar el conde de Romanones?»

¿Pues si eso equivale á la mejor cam-  
paña?

## FUGA DE UNA TIPLÉ

Dice El Globo:  
«Ayer tarde se presentó en el Juzgado  
de guardia una señora para denunciar que

una hija suya, llamada Juana de diez y nueve  
años, habiase fugado del hogar de su ma-  
rítimo, por un momento en que é-  
sta salió de la casa á un recado.

La fugada fué la esposa de un marino  
la señorita Plá, la cual según narro el  
ayer tarde de su casa, y subiendo en un  
«camión» que lo condujo á punto de vista,  
donde se hallaba el señorito amante,  
huyó con éste, ignorándose hasta ahora  
con seguridad el paradero de ambos.

Parece también que el tenorio de un co-  
nocido actor cómico fué muy conocido  
del público madrileño, y cuyo nombre tie-  
ne las iniciales E. S.

## PROEZAS DE UN ELEFANTE

Fritz es un elefante educado por un mi-  
sionero en Africa.

Fritz, que no tiene más que tres años,  
fura de una carretera, pesa 300 kilos y fura  
la carretera. Si no toca el organillo se por-  
que en Fernán-Yas desconoce este ins-  
trumento. Pero el padre Bichet le ha ense-  
ñado á arrodillarse, á tirar del arado, á  
arrastrar un tronco de árbol que pesa mu-  
cho, á bañarse y á dejarse montar por au-  
toridades.

Fritz es muy curioso; cuando le enseñan  
las cosas de la vida y á pasearse solo por  
la calle y volver por la calle se asom-  
brenta. Es lo que podría llamarse discipli-  
na voluntaria.

En guardia de la escuela que le  
enseña, y se queja de que él no sabe  
nada de jugar. Pero cuando le enseñan  
carricho y el caballo, y parece que le hay  
nada de trabajo como participar de los  
jugos de un elefante.

La queja del padre Bichet es más seria.  
Fritz quiere absolutamente salir de las co-  
mitas de los misioneros y ha roto ya dos  
veces la escalera, tratando de saltar al re-  
fectorio.

Esta fragilidad de las habitaciones col-  
oniales causó la muerte de un misionero de  
Fritz, cuya educación progresiva también  
rápidamente. Pero desgraciadamente el jo-  
ven misionero había adquirido el costumbre  
de ir á fumar las espaldas en el ángulo de  
la barandilla de un colono. ¡Poco bestia, no  
podía rascarse con la pata, pues se natura-  
liza no se lo permite!

Las casas coloniales no están construidas  
con las solides del Louvre. El propietario de

cer día quiso levantarse porque el niño estaba muy  
enfermo. Las comadres del lugar se reunieron en la  
cabaña y rodearon al pobre niño de galnaldas ben-  
didas. La anciana mujer del herrero, conjaró después  
el mal colocando una gallina negra bajo el cedazo.

El niño recobró pronto la salud, y lo que entonces  
más atormentaba á la mujer, era el marido; el cual,  
pasaba todo el día y muchas veces la noche, en la ta-  
berna. Y, ¡cosa extraña! Cuando la Rz-powa, después  
del segundo día había pasado en cama con la fiebre,  
volvió en sí y pidió el niño, el marido, en lugar de  
demostrarse cariñoso para con ella, la injurió.  
—Has ido todo el día á las calles de la ciudad  
vagando con el niño enfermo!... ¡Afortunadamente  
para tí nada grave le ha sucedido, que de otra mane-  
ra, te aseguro que te hableras acordado!..  
Amargada por esta prueba cruel de ingratitud, la  
pobre mujer sintió el llanto destrozarse la garganta,  
y con lágrimas en los ojos se puso á rezar.  
—¡Wawson!... ¡es un niño débil y enfermo!  
El marido levantóse de un salto de la cama y que-  
rió ir á buscar al niño, pero un momento de reflexión,  
pensando en la mala suerte que le había tocado, se  
dijo:  
—¡No voy á buscar al niño porque si él muere, yo  
también moriré de pena!..  
Y se volvió á la cama.

—¡Marysok!... ¡perdóname!... Ya vez que te causo  
pena... ¡perdóname!  
Después empezó á llorar, á gemir y á besar á la in-  
feliz que también lloraba á lágrima viva. En aquel  
momento sentía no ser digno de aquella mujer. Pero,  
desgraciadamente, este arrepentimiento y esta creencia  
duraron poco. Los disgustos, en vez de unir, había  
separado á aquellos dos seres.  
Cuando Rz-powa estaba en la cabaña, beodo ó no, ya  
no dirija la mirada á la palabra á la mujer, y se  
sentaba sobre la caja, mirando obstinadamente al  
suelo como un lobo enfurecido, pasando en esta posi-  
ción horas enteras. Trabajaba como antes pero sin  
hablar; vivía en la casa como el uno sintiera odiaba  
hacia el otro; de manera que en la cabaña reinaba  
ahora un silencio mortal. Además, ¿por qué debían  
hablar? Ambos sabían que nada se podía hacer, y que  
su destino estaba decidido irremediablemente.  
Mas tarde, en la monte de Rz-powa empezaron á cru-  
zar malos pensamientos. Fué al vicario para confesar-  
se, y esto no quiso admitirle y le ordenó volver al  
día siguiente; y él, aquel día, en lugar de ir á la igle-  
sia fué á la taberna. En tanto que estaba tan desconsolado  
mente se emborrachaba; que Dios no le había querido  
ayudar; que el vicario le había negado la absolución,  
separado á murmurar que se había vendido el diablo,  
y por consiguiente á evitar su encuentro; de manera

—¡Bah!... ¡como si no supieras que el papel lo tie-  
ne el escribano! Y bien: yo sé que tengo mucho poder  
sobre él; me dijo: si solamente la Rz-powa viniera á  
pedirme, yo rasgaría en seguida el papel... y  
¡basta!..  
La Rz-powa no respondió una palabra; cogió su  
cántaro y encaminadas hacia la vivienda del escribano.  
Empezaba á oscurecer.